



DE LA TIERRA AL CIELO... O VICEVERSA

CIELOS INCREÍBLES

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Acostumbrados a nuestros cielos mediterráneos, que suelen cargarse de humedades a causa de los vientos levantinos y gregales, y sólo en contadas ocasiones transparentan por gracia del mistral o la rara tramontana, si nos desplazamos al interior de la península el panorama es justamente el opuesto: la aridez domina, el ambiente seco es la tónica, y el firmamento es un gran mural atravesado por millares de estrellas.

Acostumbrados a nuestros cielos mediterráneos, que suelen cargarse de humedades a causa de los vientos levantinos y gregales, y sólo en contadas ocasiones transparentan por gracia del mistral o la rara tramontana, si nos desplazamos al interior de la península el panorama es justamente el opuesto: la aridez domina, el ambiente seco es la tónica, y el firmamento es un gran mural atravesado por millares de estrellas.

Hace casi una década fui a Trabanca (Salamanca), un pueblecito encantador casi lindando con la frontera

con Portugal, a realizar un campo de trabajo, algo así como unas pequeñas vacaciones activas, en donde los jóvenes efectúan labores sencillas de construcción, o reconstrucción, y viven e interaccionan entre ellos y las gentes del lugar.

El campo de trabajo estuvo bien, pero lo que me dejó anonadado fue su cielo. Allá (aquí...) en Marxuquera había noches limpias o puras, una o dos al año, como mucho; un puñado eran medianamente aceptables, y el resto sencillamente mediocres, u horribles. Pero en los



UNA MUESTRA DEL HABITUAL CIELO EN FARAMONTANOS DE TÁBARA (ZAMORA), CON UN FINO CRESCIENTE LUNAR Y ALGUNOS ESTRATOS, PERO SERENO Y LIMPIO EN EXTREMO (FOTO DEL AUTOR)

quince días de julio que pasé en Trabanca no hubo ni una sola nube, ni un grumo, y la humedad fue tan baja que no pasaba del cuarenta por ciento nunca, sólo muy entrada la noche, cuando el rocío aparecía y tenías que abrigarte bien (con cazadora, a veces...) si no querías acabar en cama y con moquillo persistente. Jamás he visto algo parecido a simple vista, como si estuvieras por encima de la atmósfera, y vieras la bóveda sin ningún obstáculo, toda pura y transparente. Casi podías tocar el cielo.

Una noche salí a dar un paseíllo con unos amigos, y en cuanto dejamos atrás el pueblo y las cuatro farolas que le dan luz exangüe, me quedé con la boca abierta: la Vía Láctea no era una brumosa nubecilla, sino todo un esqueleto nuboso perfectamente delineado, que atravesaba el firmamento como una serpiente de luz y gas; las constelaciones eran difícilmente visibles, porque había tantas estrellas que las principales, las que marcan las figuras, no destacaban apenas; objetos otrora invisibles eran fácilmente observables, como cúmulos abiertos en Cisne (M 39, creo recordar, por ejemplo), y los que se veían apenas en Gandía eran verdaderamente fascinantes, como M 31 o el cúmulo doble de Perseo.

En otra noche ejercí de “charlista” astronómico, porque salimos todo el grupo a ver las estrellas pero los monitores no sabían demasiado del tema, y pidieron ayuda a los participantes, por si alguien podía colaborar. Yo me ofrecí (nadie levantaba la mano...), y les indiqué algunas constelaciones, creo que un par de planetas visibles, les expliqué donde estaba el centro galáctico, y cosas así. Fue la primera (y la penúltima...) vez que he hablado en público, porque se me da fatal, pero me gustó, sobretudo la parte final, cuando algunos hicieron preguntas, curiosas, inteligentes, o tontorronas, no importa (“¿dónde está Orión?": “la verás sobretudo en invierno, o finales de otoño“; “¿aquellos es un ovni?": “no, es Júpiter“; “¿hay extraterrestres en la Tierra?": “esto, pues, ¿alguna pregunta más, por favor...?”)

Volví a Trabanca un octubre dos años más tarde, provisto de unos buenos prismáticos para examinar con mayor atención y detalle aquella gavota de estrellas que parecía no terminarse nunca. Y entonces lo que hasta ese momento era algo increíble, se convirtió en algo inefable, digno de una experiencia mística o algo así. Estuve sin aliento durante el rato que pasé allí, en medio

del páramo con las lechuzas ululando a mi alrededor. No reconocí nada, no sabía adónde miraba; sólo había un mar de astros sin fin, que me pasmó y acabó volviéndome loco de placer... No puedo imaginar qué hubiese sido de mí si llevo a cargar con el Lidelscopio, y no digamos con el reflector de 200 mm... seguramente alguna patrulla de reconocimiento me encontraría a la vera de un pasto para vacas, muerto de un ataque al corazón, y con una mueca de asombro en el rostro...

Esta primavera pasada he tenido la suerte de ir a Castilla y León durante dos meses, a lomos de mi vieja autocaravana, y he podido admirar todo ese cielo único de nuevo, aunque no con tanta frecuencia como en verano o en otoño. Parece que en esa época, entre abril y mayo, es más usual que crezcan nubarrones vespertinos, y cuando termina el día el firmamento suele estar punteado o cubierto por los cumulonimbos, que descargan fuertes tormentas y sueltan rayos y truenos espantosos. Pero sigue siendo corriente, sin embargo, que se brinden cielos diurnos de un azul tan profundo que duele a la vista, y la sequedad ambiental no ha desaparecido, por lo que aún es posible admirar el hogar de las estrellas entre jirones de cirros y restos de capas de tormenta.

Nada lejos de Trabanca, en el embalse de la Almendra, gocé de noche de una Luna llena bellísima, que se reflejaba en las quietas aguas mientras paseaba por el borde de la presa y los mosquitos se cebaban con gusto a mi costa... una Luna que parecía más brillante, más intensa, más grande, incluso. Podía leer tranquilamente a su luz, y mirarla de frente lastimaba la vista. Era la misma Luna, y sin embargo, parecía otra; más Luna, mucho más.

Al igual que observar el mundo con gafas transforma lo que vemos, contemplar el universo con un cielo puro y cristalino modifica las percepciones habituales que de él teníamos en otras condiciones. Ver los “diferentes” cielos “españoles”, muchos excelentes (Castilla y León en casi cualquier lugar, Teruel, Almería, algunos rincones valencianos, etc.), permite extasiarnos con una mirada desacostumbrada a los virginales firmamentos de otros lugares, y experimentarlos, aún siendo siempre el mismo, como nunca lo habíamos hecho hasta entonces.

Aprovechémoslos bien, mientras aún existan...